



Los primeros ministros de los países del Mercado Común, reunidos en Copenhague.

PERO hay también alusiones al futuro. La más distinguida es la que se refiere a la dinámica. «La identidad europea ha de evolucionar en función de la dinámica propia de la construcción de Europa». ¿Círculo vicioso? ¿No se está definiendo la identidad europea para crear Europa en torno a esa definición? ¿Cómo, entonces, la definición ha de hacerse teniendo en cuenta la evolución de la construcción? Laberinto de palabras. Continuemos en él: «En el aspecto de las relaciones exteriores, los Nueve se dedicarán especialmente a definir progresivamente su identidad con respecto a otras entidades políticas. Haciéndolo así, tienen conciencia de reforzar su cohesión interna y de contribuir a la elaboración de una política propiamente europea. Están convencidos de que la realización progresiva de esta política será uno de los elementos esenciales que permita a sus países abordar con realismo y confianza los estadios ulteriores de la construcción europea, facilitando la transformación del conjunto de sus relaciones en una Unión Europea».

CON su vocación de ser el primer gran documento moral y político de una Europa nueva, el papel de Copenhague tiene más bien el aspecto de ser el último de una época. Parece que ha sido redactado antes del 25 de octubre, y suavemente modificado después para que sirva a las circunstancias. Las circunstancias son, sin duda, dramáticas: y no hay en este documento una sola alusión a ellas que pueda considerarse realista. Excepción hecha, naturalmente, de la subordinación a Estados Unidos. Europa perdió la guerra en 1945: la ganaron los Estados Unidos y la Unión Soviética. Una parte de Europa, en la que se incluye la representada en Copenhague, quedó incluida en la región dominada por los Estados Unidos; la otra, en la dominada por la Unión Soviética. Durante algún tiempo, Europa actuó, dirigida por los Estados Unidos, como si la guerra con la URSS fuese inminente; modificó sus estructuras políticas, sus sistemas electorales, sus asambleas, sus partidos, sus órganos de opinión, con relación al sistema en que había quedado incluida. Supeditó su defensa militar a ello, contribuyendo en la forma en que se determinó que debía contribuir. Sometió su economía al área del dólar, a su técnica, a la implantación de sus empresas. El Mercado Común, la Comunidad que ahora se reúne en Copenhague, fue una creación de los Estados Unidos, en un principio, para enfrentarse mejor con la Unión Soviética, pero también para hacer Europa más manejable. Ninguna de las circunstancias que produjeron esta situación ha variado visiblemente hasta ahora. Lo que ha variado está por encima de Europa: que, en lugar de haber una guerra o un enfrentamiento entre los vencedores, la URSS y los Estados Unidos, hay un entendimiento. Esto ha obligado a muchos países del área americana y otros del área soviética a modificar sus presupuestos políticos y militares: el ejemplo es el de las Alemanias, más visiblemente desde nuestra óptica el de Alemania occidental, que ha renunciado a la reunificación prometida y se ha debido entender con los países que en un principio se habían designado como sus enemigos. Europa, por el momento, no puede salir de esta construcción establecida hace veintiocho años. No son, por lo menos, los gobernantes actuales, los estamentos industriales y económicos, ni siquiera las fuerzas llamadas morales que predominan en Europa occidental los que pueden hacer este cambio. Si se avanzase realmente por una de las líneas débilmente trazadas, las de Europa parlamentaria, la de las decisiones tomadas por los elegidos del pueblo y un gobierno emanado de él, podría esbozarse otro principio de identidad futura. Es posible que suceda dentro de algunos años. Por ahora, la realidad es que los Nueve forman una Europa americana, y que tendrán que sufrir sus crisis y sus dificultades como corresponde.

PETROLEO Y GUERRA

LA DIFÍCIL PAZ DE GINEBRA

Un grupo de ministros de Asuntos Exteriores de países árabes apareció en la Conferencia de Copenhague para negociar con los Nueve europeos la posibilidad de retirar o reducir sus restricciones de petróleo a cambio de una actitud más positiva con respecto a sus países frente a Israel. No ha podido obtener una respuesta favorable. El centro de decisión no está en Europa, y estos países, ni aun siquiera los que están en el Consejo de Seguridad, saben aún si van a participar de alguna manera en la Conferencia de Ginebra. Que se ha retrasado unos días. El retraso no es mal indicio. Se trata, a lo que parece, de llegar con hechos ya adquiridos a la reunión, de forma que ésta no se prolongue, negocie sobre algo ya prenegociado y ofrezca una apariencia de éxito. Las restricciones, si cesan, cesarán por la mediación de Estados Unidos (bajo el nombre de Kissinger). En Riad, después de las negociaciones de Kissinger, los miembros de la delegación viajera americana creen que hay por lo menos un 50 por 100 de probabilidades de que el embargo termine en el mes de enero. Esta declaración se interpreta como la posibilidad de que el acuerdo general de paz en el Oriente árabe tiene muchas posibilidades de ser firmado.

En el viaje de Kissinger la etapa más importante ha sido, sin duda, la de Egipto, que en algunos aspectos tiene el principal papel en el problema. Se asegura que Kissinger y Sadat han llegado al acuerdo de una retirada de las tropas israelíes, que ha de decidirse «en la primera fase de la conferencia». Esta expresión de «primera fase», sin embargo, suscita algunas dudas. No parece que, por parte americana al menos, se refiera a los contactos iniciales en Ginebra, que, según ellos, han de ser para determinar procedimientos y orden del día, sino a las del mes de enero, después de haberse celebrado las elecciones en Israel. Decir que Kissinger está ahora —cuando se escriben estas líneas— en Israel para gestionar que las elecciones las pierdan los «halcones» —es decir, Golda Meir, el general Dayan— parecería demasiado cinismo. Sin embargo, en Washington «se confía» en que tras las elecciones de enero un go-

bierno israelí más «realista» pueda abordar la cuestión de regresar a las líneas de antes de la llamada «guerra de los seis días», y por lo tanto su capacidad negociadora con los árabes sea mejor que la del gobierno actual. En todo caso, parece que las negociaciones no van a ser directas. Aunque se cree que Egipto ha aceptado mantener sus delegados en la misma sala que los israelíes, parece que mantiene su idea de no negociar con ellos, sino con el presidente de la conferencia, que pretende que sea Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, y siempre en torno a la resolución 242 del Consejo de Seguridad, que disponía la retirada de Israel a sus fronteras de 1967. Este tema sería abordado en dos partes: en principio, el regreso a los puntos de partida del 22 de octubre pasado (y por lo tanto el nuevo paso atrás de egipcios y de israelíes, tomando como línea media el Canal de Suez); en segundo lugar, el regreso a la situación de 1967. Está claro que los palestinos tampoco se conforman con esa situación y con ninguna otra que no suponga un regreso a las tierras de las que fueron expulsados.

Los países árabes exhiben la baza del petróleo. La respuesta de Copenhague, además de la declaración de impotencia de Europa ante un hecho que desborda su fuerza, es la de que tengan cuidado con no ir demasiado lejos: no sólo la causa árabe se puede hacer impopular definitivamente, sino que otros muchos países del mundo —y sobre todo del tercer mundo— van a sufrir las consecuencias. Sobre esta amenaza hay otra bastante clara, que es la de una serie de represalias directas. El mundo árabe está privado de unidad; sus enviados a Ginebra van a mantener muy distintos puntos de vista y, a espaldas de ellos, los reyes y los jefes del petróleo van a estar llevando otras negociaciones paralelas. Un pacto o un acuerdo se estima que es algo en que las partes contratantes deben retirar beneficios mutuos; parece que el que se consiga en Ginebra, si algo se consigue, es una especie de pacto en el que todos —israelíes, árabes, europeos— van a tener algo que perder. ■ JUAN ALDEBARAN.